

timos los tronos sin tener la fe de las edades republicanas; nos falta el respeto á nuestras propias obras, y solo tenemos ya fuerza para remover nuestras ruínas. Pero me equivoco; algo hay que ha permanecido grande y honrado en este naufragio de todas las instituciones; y es el magistrado bajo su toga, el soldado bajo sus banderas, el sacerdote en su templo. Hé aquí lo que nos resta, y porque nos queda aun esto, se ha salvado todo.

¿Qué falta, pues, para deducir en fin con certeza que la profecía y el sacramento han penetrado hasta la raíz de la vida humana, y en su consecuencia, que la humanidad es religiosa bajo la forma sobrenatural? Yo creo que no podeis negar el hecho; que no podeis rechazar mas que sus consecuencias, y estas consecuencias es lo que debo yo establecer. Ya mas de una vez he llamado vuestra atencion, en el curso de nuestras conferencias, sobre la importante lógica de todo establecimiento que lleva en sí los caracteres de universalidad, de perpetuidad, de publicidad y de organizacion. Estos caracteres significativos los hallamos en el establecimiento profético y sacramental, pero con una fuerza nueva que adquieren en la esencia misma de la profecía y del sacramento. Porque en lugar de derivarse como las instituciones, donde por lo regular se les encuentra, de las necesidades y de las facultades del hombre, es decir, de la constitucion natural de su ser, no podemos explicar su presencia por este motivo, puesto que la profecía y el sacramento pertenecen á un órden que confunde la naturaleza humana mas que no la satisface. Comprendemos bien que la humanidad sea religiosa, porque la razon nos anuncia la existencia de una causa suprema, á que debemos cuanto somos, y única de quien podemos esperar lo que necesitamos; y no siendo la religion otra cosa que un comercio de dependencia, de gratitud y de amor hácia esta causa suprema, es fácil á un corazon recto concebir su justicia y seguir su gusto interior. Pero mas allá de ese círculo, no encuentra la razon mas que abismos, ó por lo menos, no descubre nada en su propia luz que le indique otro modo de conocer, de amar y de adorar á Dios. Por consiguiente, no es ella quien impele á la humanidad hácia este otro modo; no es ella quien abre ante nosotros la oscura carrera por donde han conducido los sacerdotes á todos los pueblos y á todos los tiempos. Nada se hace sino por un principio de impulsión, y ninguna impulsión se da sino conforme al principio de donde emana. La razon podia crear un culto de razon, pero no podia crear un culto de que no conocia elemento alguno.

Y cosa mas notable todavía, en ningun siglo ni lugar ha creado la

razon un culto racional. Siempre y por todas partes, el culto profético y sacramental ha ahogado el culto racional, impidiéndole producirse. Si ha existido este culto en algunos corazones, como los de Pitágoras y Platon, ha permanecido en ellos incierto de sí mismo, en el estado de una aspiracion que busca determinarse sin llegar á hacerlo; estado incompleto y doloroso que arrancaba al mas grande de los sabios esta confesion tantas veces citada: « Fuerza es que venga un maestro del cielo para instruirnos. »

¿Cómo pues ha podido la razon, incapaz de darse un culto á sí misma, impeler á la humanidad entera hácia una forma religiosa de que no posee la inteligencia ni la conciencia? Y si no es la razon el autor de esta forma religiosa ¿quién es su autor? ¿Quién ha tenido la potestad de imponerla al género humano? Tal vez diréis: el hombre es hecho para Dios; él lo conoce y lo sabe; hállase oprimido en esta tierra, que no le da mas que un abrigo triste y poco duradero, y aspira por el resorte natural de todas sus facultades á la region infinita, que es el término de su destino. Pero no conoce claramente este término donde es esperado; tiene de él mas bien que la ciencia el presentimiento, y por un efecto combinado de lo que quiere y de lo que ignora, se ha creado para ir á Dios medios que le reaniman en su fe y que le consuelan en su deseo. Persuádese, pues, que Dios le habla; supone que ciertos actos hechos en su nombre reciben de esta invocacion sublime una eficacia que no puede dar á nada la naturaleza sola. La profecía es el sueño de una verdad, el sacramento es el error de una esperanza: en el comercio de un ser limitado con un ser infinito, lo imposible se hace natural, y la extravagancia parece un esfuerzo de la razon.

Señores, Lucrecio invocaba el temor como el creador de los dioses y de su culto; vosotros apelais á mejores sentimientos para explicar este misterio, y en el hecho, si solo se tratara de prácticas individuales ó locales, tal vez se podrian considerar las religiones positivas como una aberracion mas ó menos excusable de los sentimientos religiosos. Pero la aberracion, cualesquiera que sean el prestigio que la cause y los nombres con que se la decore, no podria ser la ley de la humanidad. Y la humanidad es quien crea la profecía y el sacramento; ella, sin excepcion, se halla sometida á dogmas cuya evidencia no tiene el entendimiento, á ritos cuya solidaridad no acepta la razon; ella lo es, tanto en sus pueblos eminentes como en sus razas degeneradas, en sus siglos de civilizacion como en sus edades de barbarie, en sus sabios como en sus simples de corazon,

Es imposible que la humanidad entera haya padecido, respecto á Dios, un eclipse tan perseverante de su luz natural y verdadera; es imposible que Dios lo haya permitido. La verdad es el primer bien que hemos recibido de su justa bondad; ella es en todas las cosas el principio de nuestra perfeccion y de nuestra beatitud; y no podemos perderla, sin perder la raíz de todos los dones divinos. ¿Y habian de haber llegado á ser el mismo Dios, sus actos, su memoria, sus derechos sobre nosotros, el manantial corrompido de una supersticion universal é inesperada? ¿Se habria conservado la verdad matemática, y habria desaparecido de la tierra la verdad religiosa! No hay duda que la libertad humana ha ocasionado extravíos de todas clases; pero sobre que estos no han destruido jamás universalmente nada que fuese necesario á la vida del género humano, conservaban aún rasgos de la verdad. Reconociáse en ellos el origen de que se habian apartado las pasiones del hombre, y la impotencia en que este se halla para crear ni aun un error. El error no es mas que una desviacion de lo verdadero, una alteracion del órden natural de las cosas, que no puede aniquilarse ni cambiarse totalmente sino por Dios.

Ahora bien, aquí se supone un extravío universal, y que no obstante no tendria raíz alguna en la constitucion física, intelectual y moral del hombre: segun esta constitucion, tal como se la representa el racionalismo, el hombre no encierra ningun elemento superior á la razon; la razon es el punto mas elevado de su ser, el principio y el moderador de todas sus demás potestades; y fuera de ella, el hombre no realiza mas que sueños, quimeras y locuras. Siendo esto así, es claro que todo lo que no es racional, es antipático á la humanidad; y que por consiguiente es imposible concebir dónde habrá tomado la humanidad el pensamiento de entrar con Dios en relaciones que han provenido de otro origen distinto que la razon. Pero vosotros decís: aunque sea verdaderamente la razon el punto mas elevado de la naturaleza humana, no obstante, no conoce á Dios con suficiente claridad para unirse á él por medio de las fuerzas que ella posee, y por eso aspira á esa union por medio de procedimientos que no le son propios, tales como la profecía y el sacramento.

Perdonad, señores, que os lo diga, pero es imposible reunir en una sola frase mayor contradiccion y falta de sentido. ¡Qué! ¡No tiene en sí la razon el medio de unirse á Dios, y quiere no obstante unirse con Dios! ¿Por qué pues lo quiere? ¿Quién le obliga, quién le estrecha á ello, puesto que carece de facultades que justifiquen esta ambicion? O Dios ha querido que

mantuviese el hombre un comercio con él por medio de la razon, ó no lo ha querido. En el primer caso, ha dado evidentemente á nuestro recurso intelectual una vibracion bastante poderosa para elevarse hasta él; en el segundo, no siendo llamada la razon á esta alta prerogativa, no sentiria mas su necesidad que el deber de ejercerla. Fuerza es, pues, elegir entre estos dos extremos; cualquiera de ellos que elijais, no explicaréis el modo como, siendo el hombre puramente racional, se dirige á Dios por una via extraña á su naturaleza.

El vulgo de las gentes de ingenio resuelve la dificultad, suponiendo que el género humano ha sido víctima de cierto número de impostores que han abusado de su buena fe, de siglo en siglo. Primitivamente, piensan, no tenia el hombre mas profeta que su razon, ni mas sacramento que su corazon; hablaba á Dios, y Dios le hablaba en el santuario del alma; la filosofia y la religion, confundiéndose en su objeto y su método, no eran mas que una misma y única institucion. No habia entonces altar, culto ni sacerdocio, no habia mas que el hombre y Dios. Pero así como se encontró un ambicioso para fundar el primer trono, encontróse tambien otro para fundar el primer templo. Siguió un segundo y un tercero, y en breve, la lepra profética y sacramental, consagrada bajo el nombre de revelacion, cubrió con su irremediable impureza la conciencia del género humano. La filosofia se separó de la religion; algunos sabios diseminados conservaron en su corazon la pura luz y la santa libertad de las primeras edades del mundo; el resto, vil rebaño del error, se arrastró cautivo bajo el yugo de una supersticion que nada ha podido desarraigar sin duda, porque tiene por apoyo el hábito, la antigüedad, el nombre de Dios, y tambien la debilidad innata de la mayor parte de las inteligencias.

No haré notar, señores, la injuria que hace esta doctrina á la humanidad; ya sabeis que esto es comun en los que se separan de la multitud. Dejemos al orgullo el argumento del desprecio, y démonos la gloria de una lógica calmada y digna de la verdad.

No hay duda alguna que hay falsos profetas; y la historia prueba y el cristianismo quiere que muchos de ellos hayan conseguido su intento. ¿Pero por qué lo consiguieron? ¿No fué precisamente porque los habia verdaderos? ¿No fué porque al corromper la religion, aceptaban su base dogmática y práctica, ingertando en este tronco divino ramas extrañas que recibian de él su vida? ¿No fué porque hallaban en el corazon del hombre, tal como lo ha hecho Dios, un cómplice bien predispuesto? La impostura necesita, como todo lo

demás, un terreno análogo á su semilla : ella no germina sino en virtud de una fecundidad que recibe del único manantial de toda fecundidad que es la naturaleza. Supongamos un charlatan que no se dirige á ninguna idea recibida, á ningun sentimiento real, á ninguna fuerza preexistente, ¿creéis que llegue á seducir á un hombre una hora? Y no obstante, para explicar por la impostura el misterio que nos ocupa, es necesario que este misterio seduzca todos los siglos y todas las generaciones. Tenemos la historia de algunos de estos hombres extraordinarios que han fundado en el mundo una falsa religion; conocemos bien cerca de nosotros á Lutero y á Mahoma; ¿qué eran estos hombres sino plagarios y falsificadores? Salidos de una institucion religiosa y preexistente, han llevado á ella una mano temeraria, auxiliándose para truncarla de las pasiones de su tiempo. Han degradado el templo y no lo han fundado. Parte de la humanidad les ha creído, porque ella creía ya; les ha creído profetas, porque creía las profecías; ha recibido sus sacramentos, porque tenia ya sacramentos. Estos profetas no han sido causas de error, sino por un efecto de la verdad.

Hé aquí, señores, porqué el punto donde da su ultima cita la cuestion, se halla siempre en la misma naturaleza humana; no teniendo la impostura otro asidero que este, es definitivamente necesario que se apoye en él; y para que se apoye en él, es necesario que no contradiga todos sus elementos. Si pues, como ya habeis visto y debo repetir, no ha dado Dios al hombre mas que su cuerpo y su espíritu, si la razon es el término supremo de nuestras facultades, es claro que todo lo que no tome su origen de ella, es para nosotros innatural, quimérico y vano. Tal es la profecía, nuestros adversarios lo confiesan; tal es el sacramento. Y así, no pueden ellos ser fruto de la impostura, sobre todo, fruto universal de una impostura continua, pues que habria allí un efecto sin causa, un edificio sin cimientos. No es, pues, por casualidad como nos advierte la doctrina católica, despues de habernos expuesto todo lo que ha hecho Dios por el hombre en el orden sensible é inteligible, que no está allí el límite de la accion divina respecto de nosotros, sino que sobre estos dones preciosos y primordiales hay otro que nos eleva mas alto y nos pone en comunicacion inmediata con el autor de nuestro ser, con el principio y el fin de nuestros destinos. Por el acto creador, nos hizo Dios salir ante sí como una personalidad viviente y libre; por el acto revelador, entró en comercio con nosotros y nosotros con él; nos entregó los secretos de su pensamiento, los planes de su voluntad, y en esa efusion,

exterior é interior á un tiempo mismo, exterior por la palabra, interior por la luz y la unción, creó el orden sobrenatural y religioso. Y así como la naturaleza, salida de su omnipotente mano, persevera en las condiciones en que él la encadenó, no menos fiel la religion persevera bajo la forma que de él recibiera. Tan vano es obrar contra la religion, como insensato es obrar contra la naturaleza. Ambas permanecen tales como Dios las ha querido hacer; lo que son el sol y la luna en el firmamento visible, son la profecía y el sacramento en el firmamento de la verdad. Así como no podeis hacer caer las estrellas, así tampoco podeis hacer callar la palabra de Dios. Y si, celosos de la obra divina, aspirais á crear algo por vosotros mismos, no conseguiréis hacer mas que imitaciones que atestiguarán hasta en su impotencia el dogma que temeis, é iluminarán la gloria que quereis destruir. ¿Qué ha hecho Lutero mas que confirmar la Iglesia? ¿Qué ha hecho Mahoma, sino engrandecer á Jesucristo? ¿Qué han hecho todos los usurpadores del título profético, sino mantener en las tinieblas el recuerdo y la necesidad de la revelacion? ¿Y qué haceis vosotros negando la revelacion, sino probar con vuestro ejemplo que se extingue la religion en toda inteligencia que niega la realidad de un orden sobrenatural?

El mundo se halla, señores, en una hora notable de su destino. Desde hace un siglo, ha ensayado fundar todas las cosas humanas en la naturaleza y en la razon : se há creído capaz de reinar por sí mismo sin la intervencion de ninguna idea misteriosa, de ninguna potestad indefinida. A la vista teneis el resultado de esta grand tentativa. La disciplina social se ha roto en vuestras manos : los resortes ingeniosos con que pensábais sujetarla han sido sobrado débiles contra las resistencias y las agresiones. Lo que habia de generoso en vuestros planes de reforma, no ha sido mas feliz que lo que habia en ellos de quimérico, y la justicia se ha admirado de no poder dar á vuestras obras duracion ni majestad. ¿Esperaréis mucho tiempo aún para dudar de vosotros mismos? ¿No sospecharéis que os falta algo, y advertidos dolorosamente por la providencia innata de las cosas, no levantaréis jamás los ojos hácia el polo eterno donde habeis dejado la ciencia de lo pasado y del porvenir? Ya es tiempo : llamemos á Dios en nuestro auxilio; reconozcamos que tenemos con él relaciones mas profundas que las de la naturaleza; y que renunciar á ellas por debilidad ó por orgullo, es arrebatár al género humano, con sus mas grandes deberes, sus virtudes mas altas y sus facultades mas necesarias.